



8

revista
de la
**biblioteca
nacional**
2 montevideo

Carátula de la Revista de la Biblioteca Nacional N.º 2 Primera Serie, diseñada por Eduardo Galeano en mayo de 1969.

A modo de prólogo Eduardo Galeano, el sentipensante

Cuenta Eduardo Galeano, el gran escritor uruguayo, que Rafael Guillén, antes de convertirse en (el subcomandante) Marcos, vino a Chiapas y habló con los indígenas, pero ellos no le entendieron. “Entonces se adentró en la niebla, aprendió a escuchar y fue capaz de hablar”.

José Saramago - El cuaderno del año del Nobel.



La trascendencia de la obra de Galeano es una realidad a nivel mundial. En toda América se lo lee, no lo ignoran en los demás continentes. Sus obras se reeditan, citas de frases suyas se viralizan en internet y en las redes sociales. El afán de mantener vivo su pensamiento ha llevado incluso a todo tipo de adaptaciones que procuran renovar su legado. En Bolivia, por ejemplo, desde 2007, el colectivo Albor ha realizado nada menos que una versión teatral de *Las venas abiertas de América Latina* que ya lleva más de mil representaciones. En 2016 en Buenos Aires se publicó *Eduardo Galeano para chicas y chicos*, entrevista que redescubre para un público adolescente olvidadas historias de América.

En un primer momento, allá por los años sesenta, no debió ser fácil para un hombre de claros rasgos caucásicos, proveniente de un país cuyas características históricas y sociales lo diferencian considerablemente del resto de Latinoamérica, ser recibido y aceptado por guerrilleros, comunidades campesinas o indígenas, gente de pueblo de todo el continente. Cuenta Ana Luisa Valdés cómo visitando México aún en 1992, Galeano se entrevistó con muchos líderes indígenas que lo habían leído u oído hablar de él. Y todos preguntaban ¿dónde está Galeano? Y él decía, soy yo, yo soy Eduardo Galeano. Y ellos lo miraban con suspicacia, ¿cómo podía ser ese gringo de ojos azules Eduardo Galeano? Hoy, más de cincuenta años

después, Galeano se ha convertido en un referente a consultar, a releer, a recordar, imprescindible a la hora de interpretar sucesos que se repiten a lo largo de la historia de ese continente. La popularidad de su obra marcha unida al acontecer de América y esa identidad es sin duda su mayor logro.

Esta realidad parece perder fuerza, sin embargo, al ser observada desde la lupa de lo académico. Son relativamente pocos en todo el mundo los coloquios o congresos centrados en su obra, conferencias o cursos universitarios sobre la misma. Aún la bibliografía de la crítica literaria resulta curiosamente escasa si se tiene en cuenta que estamos ante uno de los escritores más leídos en el mundo en las últimas décadas. Esta paradoja alcanza incluso, más que en otros países, al Uruguay donde nació. La biografía realizada por el argentino Fabián Kovacic es la única hasta el momento.

Es difícil hallar las razones que expliquen lo anterior. Tal vez el carácter transgresor y heterodoxo de su obra, esa conciencia de no sujetarse a ninguna disciplina en particular y beber en todas con singular metodología, le ha otorgado fama de antiacadémico. Su audacia para abordar la América total, su historia, su geografía social y su idiosincrasia, sin ser historiador ni economista ni antropólogo ni politólogo ni cualquiera otra graduación, ha contribuido en muchos a cierta falta de empatía, a la distancia con que se lo mide. El extremo de esa actitud está en quienes menosprecian su afán de divulgación o llegan a descalificar su mensaje como fácil o simplificador. En otros casos, sin embargo, es la magnitud del contenido de su obra, la hibridación de periodismo y literatura, el relato fragmentado y poético al mismo tiempo, o incluso la posible reacción del propio autor, lo que ha ocasionado cierto temor a la hora de la exégesis.

Es que el propio Galeano, con sus declaraciones, ha marcado el territorio. Conocido es su rechazo a que se le califique como un intelectual. Claudia Gilman, en su paradigmático estudio *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, que estudia la literatura del continente en las décadas de los sesenta y setenta, ha establecido que:

la figura intelectual es ineludible para vincular política y cultura, dado que implica tanto una posición en relación con la cultura como una posición en relación con el poder. La historia intelectual es particularmente significativa, ya que los intelectuales son el objeto de una delegación de hecho global y tácita, para producir representaciones del mundo social. Estas representaciones, que constituyen una dimensión fundamental de la lucha política, son prácticamente monopolio de los intelectuales.¹

¹ Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI editores, 2003. Págs. 15-16.

Galeano, en cambio, parece fundar su obra justamente en desmentir estas afirmaciones. Sus trabajos pretenden establecer un vínculo entre política y cultura, una relación con el poder y representaciones del mundo social, que quiebran conscientemente ese supuesto monopolio. Ante la definición de intelectual Galeano ha recordado más de una vez el célebre dibujo de Goya, cuyo título sentencia que “el sueño de la razón produce monstruos”. “Yo no quiero ser intelectual, abominable personaje”, un intelectual es “una cabeza divorciada del cuerpo, una cabeza que rueda”, ha enfatizado todas las veces que ha tenido oportunidad de hacerlo. En su lugar ha rescatado el poder de la bronca y la emoción a la hora de ver el mundo y lo ha unido al concepto de verdad. Ha preferido definirse como “un indignado”, alguien capaz de hacer uso de un discurso “sentipensante”² que, según afirma, es “el lenguaje que dice la verdad”.

En todo caso, escribir sobre Galeano nunca es fácil. Muchas veces se cae en una encomiástica trillada, puramente celebratoria, que inhibe y termina anulando una más rica apreciación de su obra. En otras, se parafrasea sus opiniones en diversas y múltiples entrevistas, sin avanzar en profundidad o solo destacando puntos polémicos. Lo radical de su postura ha generado dudas, a la hora de abordar su obra, hasta en sus admiradores. Por fortuna, para quién ha tenido la suerte de consultarlo personalmente, el resultado ha sido el mejor, lo que permite otorgarles cierta flexibilidad a sus dichos. Con sorpresa, le escribe Eduardo Galeano a Raquel García, la autora de *Reconstrucción de la historia. Un análisis literario de “Memoria del fuego” de Eduardo Galeano*, un libro que publicara la Biblioteca Nacional en 2008: “¿Cómo se te ocurre que me pueda haber molestado tu proyecto de escribir sobre mis cosas?”, para añadir luego: “no puedo dejar de repetirte que me da mucha alegría esta idea que tuviste”.

La *Revista de la Biblioteca Nacional de Uruguay* ha convocado a críticos de todo el mundo para escribir sobre Eduardo Galeano y sus múltiples facetas. En forma paralela, nos hemos abocado también al rescate de textos del propio autor o relacionados directamente con él, correspondencia e imágenes poco conocidas. El resultado es una atenta recorrida, libre e imparcial, por sus principales libros, algunos aspectos de su vida, repercusiones de su posición en diversos asuntos públicos. Queremos suponer que la respuesta de Galeano, de haberse enterado, también habría sido positiva. Su vínculo con esta publicación se remonta a los primeros tiempos, cuando diseñó la carátula de su segundo número, en mayo de 1969.

² Galeano escribió sobre este neologismo en “Celebración de las bodas de la razón y el corazón”, en *El libro de los abrazos*, y atribuyó su origen a pescadores de la costa colombiana. José Luis Novoa ha realizado un extenso estudio sobre el tema en “La palabra perdida”, que se publicó en *Eduardo Galeano, un ilegal en el paraíso*.

Ante la variedad de temas abordados, hemos creído que el mejor ordenamiento de los textos publicados se aproxime a lo cronológico, aunque sin atarse excesivamente al mismo. Para ello, nada mejor que presentarlos, siguiendo las instancias de su vida.

A comienzos de 1960, con apenas 19 años de edad, Eduardo Galeano ingresó como jefe de redacción en el prestigioso semanario *Marcha*. Junto a él se hallaba su primer maestro en la labor periodística, el director del semanario, Carlos Quijano. Su primer artículo se conocerá, sin embargo, recién en julio del año siguiente bajo la forma de una crónica detallada del conflicto en la empresa tabacalera Mailhos.³ La extensa nota se dividirá en dos partes y la segunda mitad se ubicará en la contratapa del periódico, un sitio privilegiado donde desde entonces aparecerá la mayor parte de sus artículos.

Inquieto, hiperactivo, todavía firma como Eduardo H. Galeano, como lo seguirá haciendo hasta dos años después, cuando elimine definitivamente la inicial de su primer apellido. Escribe de todo: sobre conflictos sindicales, entrevistas a representantes de la cultura nacional o personalidades extranjeras, la llegada de Ernesto *Che* Guevara y la muerte de Arbelio Ramírez, problemática de jubilados y desocupados, la industria en crisis, política exterior regional (Brasil, Argentina, Bolivia), la revolución argentina, la polémica Pekín- Moscú, el fracaso de la Alianza para el Progreso. Entrevistará a la entonces primera bailarina del Sodre, Violeta López Lomba, recién escapada del infierno norteamericano; a la casi mítica figura de Arturo Despouey, o a Onetti y a Espínola en una misma nota, rematándola con un supuesto, probablemente imaginario diálogo entre ambos. Puede llegar indirectamente hasta el Che, reproduciendo con sesgo burlón las preguntas de sus colegas de la prensa internacional y las agudas respuestas del revolucionario argentino-cubano, indagar los pormenores del asesinato del profesor Arbelio Ramírez en los alrededores de la Universidad o el detalle de la primera marcha de los cañeros de Itacumbú a Montevideo, curiosamente sin mencionar a su líder, Raúl Sendic. Es un novato pero en sus artículos ya despunta la solidez del oficio. Detrás de los titulares a veces rimbombantes (“En el paraíso de aire acondicionado donde los hombres mueren como perros”, “Los asesinos están del otro lado de la trinchera”), su prosa se lee sin esfuerzo, tempranamente matizada con toques irónicos y/o humorísticos. El Galeano adulto, reconocido y consagrado, no volverá casi nunca sobre lo que escribe aquel joven. La mayoría de estos artículos nunca merecieron integrar alguna de las numerosas antologías que publicará décadas después y que recogen sus trabajos desde 1963 en adelante.



³ “Diez meses de huelga”, por Eduardo H. Galeano. *Marcha*, N.º 1066, 14 de julio de 1961, y N.º 1067, 21 de julio.

Paralelamente, lo asedian ambiciones literarias y aún está lejos de suponer que periodismo y literatura pueden formar parte de un mismo menú, que pueden existir caminos para imbricarlos o fusionarlos en uno solo por más insólitos que resulten. Nunca volverá tampoco a *Los días siguientes*, su primera novela. Por si fuera poco, entre sus destrezas también está el dibujo. Aunque publicó el primero de ellos en el periódico *El Sol* cuando tenía catorce años de edad, su labor como dibujante en *Marcha* asoma apenas en esos primeros años, sin adquirir mayor relieve, casi desapercibida al lado de las viñetas de Julio E. Suárez, Peloduro.

En esos tempranos tiempos, Galeano, de la mano de su amigo Guillermo Chifflet, se acerca al Partido Socialista.⁴ Si bien su primer referente es el ya veterano Emilio Frugoni, será la prédica del historiador Vivian Trías, su renovadora visión antiimperialista en el marco de la dependencia de Latinoamérica y su influencia marxista-leninista, la que más se ajustará a la independencia de espíritu del joven. Así pasará por *El Sol* (dirigido por Arturo Dubra), y luego por el diario *Época*, al que dirigió por algún tiempo. En este último, al igual que en *Marcha*, la abundante información internacional, especialmente del Tercer Mundo, no solo era decisiva, sino que se correspondía eficazmente a los sucesos de una América Latina que comenzaba a despertar tras la Revolución cubana. De interés resulta subrayar la “recomendación” que de su persona hace Alberto Methol Ferré al historiador argentino Jorge Abelardo Ramos. Galeano ya está trabajando en la efímera *Revista Che* en Buenos Aires, y de él dice Methol Ferré: “sería muy bueno que lo conocieras. [Vivian] Trías tiene muy buen concepto del muchacho, es socialista en evolución rápida”.

En 1963 nace el Galeano viajero, una dimensión clave de su personalidad, un costado que resignificará su escritura y su visión del mundo. Acompaña a Salvador Allende en su campaña electoral y llega hasta el extremo sur de Chile; ese mismo año viaja a China, luego a Checoslovaquia y la URSS. En 1964, luego de un interminable laberinto de escalas, llega a Cuba para entrevistar al Che y luego viaja a Guatemala, Bolivia, Brasil y Venezuela.

Marginal entre sus obras, *China 1964, crónica de un desafío*, es el producto de decenas y decenas de entrevistas entre las que se destacan la realizada al canciller Chou-En-lai y, sobre todo, la varias veces publicada, a Puyi, quien fuera el último emperador de la última dinastía, ahora devenido en marxista y funcionario del Jardín Botánico de Beijing. Solo la ruptura entre China y la URSS, las transformaciones multitudinarias de una nación milenaria y los ecos de la Revolución cultural explican las razones de este libro. Galeano ha visto en China un territorio fértil,

⁴ Junto a Chifflet participará en el programa “Frente a frente”, de Teledoce, en el amanecer de la televisión uruguaya.

un punto de encuentro de analistas internacionales, el centro de una polémica interna en el mundo socialista. Pero China estaba todavía muy lejos. Los restantes viajes emprendidos en esos dos años le enseñarían que era América, su geografía y su gente, su historia y su presente, el continente que le aguardaba para fundirse con él. Producto de esas primeras andanzas por América serán *Guatemala, clave de Latinoamérica y Crónicas latinoamericanas*.

María Teresa Johansson ha realizado un original abordaje basándose en estos dos últimos libros, explorando la particular relación que surge en Galeano entre su escritura y su experiencia andariega, en el ensamble del relato de viajes con la investigación sociopolítica y la crónica periodística. Un contexto de renacimiento del discurso testimonial y de distintas modalidades de no-ficción (la novela-testimonio de Miguel Barnet, las obras de Rodolfo Walsh, el nuevo periodismo de Norman Mailer y Gay Talese), resulta propicio para este enriquecimiento innovador de la literatura de viajes, que ahora debe unir a la tradicional prosa descriptiva, la interpretación de lo que se exhibe y la voz de los seres que dan vida al paisaje. Johansson relea la entrevista al líder guerrillero César Montes, en su campamento de la selva guatemalteca, donde Galeano ha llegado tomando como modelo la visita a Sierra Maestra, en Cuba, y el reportaje a Fidel Castro que en 1958 realizara su colega y compatriota Carlos María Gutiérrez. Lo mismo hace con uno de los textos incluidos en las *Crónicas Latinoamericanas*, “Todo Bolivia en un vagón”. Para Johansson, “Eduardo Galeano ejerció una invención geográfica del continente americano mediante una mirada contraimperial focalizada en la intervención del capital sobre los habitantes del territorio y el medio ambiente natural”. Esa “mirada” no solo influye estratégicamente sobre su escritura, es también la mejor prueba del escritor comprometido en que se ha convertido, comprometido con la realidad y el tiempo que le tocó vivir. Son interesantes, al respecto, los puntos de contacto y los contrastes que surgen de la reseña de esos libros por Carlos María Gutiérrez, atento a urgencias del momento, y del estudio de Johansson, escrito medio siglo después, en otro contexto, en otras circunstancias y con una visión panorámica mucho más amplia.

Desde fines de 1965 Galeano es también secretario de Redacción de *La Gaceta Universitaria* y en 1967 publica su mejor libro de cuentos, *Los fantasmas del día del león*, con prólogo de Mario Benedetti. En el relato homónimo, la escritura periodística de los diarios sensacionalistas y de la reacción es parodiada, expuesta en toda su crueldad y frivolidad, imbricada a un texto experimental asentado sobre un suceso real del Montevideo de mediados de los años sesenta. Pero todo el libro vale como demostración encomiable de sus esfuerzos de literato y de gran lector de la literatura norteamericana contemporánea, como bien supo apreciar Ángel Rama.

Aunque todavía continúe desdoblándose a la hora de crear, la literatura de ficción sea una cosa y el periodismo otra distinta, Galeano ya parece estar pronto para dar un paso gigantesco, que mojonará su trayectoria de narrador.

En 1971 furiosa y apasionadamente escribe *Las venas abiertas de América Latina*, el libro que, independiente de su voluntad, lo identificó hasta el fin de sus días. Su objetivo inmediato era el Premio Casa de las Américas en la flamante categoría Testimonio, pero el libro, como sucedería con otros de su autor, resultó inclasificable y solo obtuvo una Mención honorífica. Lo anterior no es nada al lado del éxito logrado a nivel mundial. Hasta hoy su lectura para muchos “sigue operando como si fuese una verdad revelada de las ciencias sociales y económicas”, afirma Raquel García Borsani. Partiendo del principio de que se trata de una obra militante, con una firme intención esclarecedora, pretendida explicación del subdesarrollo y de las causas de la dependencia en América Latina en el explosivo contexto de fines de los sesenta y principios de los setenta, Marisa Silva Shultze se pregunta cómo leerlo hoy, a casi cincuenta años de distancia.

“Eduardo Galeano creía en la posibilidad de contribuir a la revolución a través de la palabra escrita”, afirma Silva y, en efecto, para todos los que vivimos activamente aquellos años, en *Las venas...* Galeano captó en su escritura la América que muchos veíamos en aquellos momentos de sueños de revolución y utopías al alcance de la mano, la América patria única, total y sufriente, que era imperioso transformar. Solo en ese contexto, con el reservorio estilístico del momento, concomitante con el revisionismo histórico y la emergencia del género testimonio, es posible aprehender el contenido del libro y comprender su destino excepcional en las letras uruguayas. La vigencia del mismo, sin embargo, depende de lo que los lectores de las casi cinco décadas posteriores han hallado y hallan en él.

El Galeano posterior, ya conocido al menos en toda América, es el que va a dirigir la revista *Crisis* en Buenos Aires, el que partiendo de la emulación a Quijano será capaz de llevar adelante una revista de destacadas cualidades aún hoy. La nómina de sus autores reúne lo más granado de la intelectualidad de América y aún más: Osvaldo Bayer, Guimaraes Rosa, Drumond de Andrade, Jean-Paul Sartre, Juan Gelman, Roberto Fernández Retamar, Julio Cortázar, junto a Mario Benedetti, María Ester Gillio, Ernesto González Bermejo, Juceca y muchos más. Carlos María Domínguez, que siendo muy joven participó en ella, y Fabián Kovacic, biógrafo de Galeano, evocan desde sus años de creación el clima que se vivía en su interior, una entrañable visión desde adentro y otra posterior, producto de la admiración y la investigación.

La aventura de la realización de *Crisis* en la Argentina del último gobierno de Perón, con la Triple A de López Rega en pleno poderío de terror, remite directamente a *Días y noches de amor y guerra*, el libro-testimonio que Galeano comienza a escribir en el exilio catalán y en el que inaugura un nuevo estilo que, con debidos ajustes, será el definitivo en su trayectoria. Ana Luisa Valdés, que mucho conoce del tema, explora ese sentimiento único, de dolor y nostalgia al mismo tiempo, que entraña el destierro político.

Galeano, sin embargo, se encuentra intacto para aspirar a nuevas metas. *Días y noches...* relata en realidad lo que fueron sus primeros años residiendo fuera del país. Desde el exilio en Calella reconstruye el exilio en Buenos Aires y una vez culminada esa inevitable catarsis, volverá su mirada a la América total. Visitará decenas de bibliotecas, buscará fuentes originales de lo sucedido en América en todos los tiempos y en todos los rincones pero también obras de ficción que le permitan recrear cada palmo, cada instancia, lo real y lo legendario, los personajes y sus sueños. Busca una mirada desde fuera de la historia oficial, mirada subjetiva y desde adentro, desde sus protagonistas. Nace así *Memoria del fuego*, para muchos una continuidad de *Las venas abiertas de América Latina*, ciertamente guiada por una misma voluntad didáctica y enciclopédica. Aunque puede hasta resultar irónico que sus dos primeros tomos hayan sido escritos en Europa, se trata, sin duda, de la obra más importante y más significativa del exilio uruguayo en el período de la dictadura. Ocho años, tantos años de trabajo como de exilio, una manera de estar en América sin estarlo físicamente, una superación al dolor y la lejanía a través de la creación. Al respecto, Raquel García Borsani, en su artículo, pone al día su obra de 2008, *Reconstrucción de la historia: un análisis literario de Memoria del Fuego de Eduardo Galeano*, así como su testimonio del autor.

Memoria del fuego es también la expresión más elevada del estilo adquirido, de su sello inconfundible como escritor, además de ser la obra más querida de Galeano. La economía y contundencia de su expresión, el decir metafórico y, a la vez, la buscada sencillez con que se la acuña, son signos vitales de un estilo que atravesó por distintas fases a lo largo de su trayectoria. Juan Rulfo es ahora el confeso maestro que le sirve de norte, el que más se ajusta a su relato preciso y musical. Roberto López Beloso, partiendo de la decisión de Alberto Manguel de seleccionar entre las novelas más representativas de Latinoamérica a *Memoria del fuego*, discurre en su artículo sobre lo inclasificable del proceder de Galeano y las múltiples influencias que en él han dejado su huella. De modo parecido, yo he tratado de rescatar el Galeano “exclusivamente literario” de los primeros tiempos, aquel que Rama destacaba como “el punto óptimo de la serie” y “el más esteticista”, una opción creativa que quedará trunca o superada por el viraje que tuvo su discurso a partir del exilio. Finalmente, a propósito de su estilo y de su

“cocina” creativa, a libre interpretación del lector, se opone una versión diferente (y polémica) a un episodio narrado en *El libro de los abrazos*.

Después de *Memoria del fuego*, Galeano no solo continúa siendo un referente ineludible de la izquierda latinoamericana, sino que también adquiere una proyección mundial. En su obra se suceden las antologías personales y hasta la presencia en nuevas áreas, como relatos para niños, entre otros. Las ediciones y traducciones se multiplican al igual que las entrevistas, apariciones públicas, premiaciones y reconocimientos.⁵ A su vez, su obra incursiona en nuevas facetas, algunas ya anunciadas, como el fútbol y la ecología.

El vínculo de Galeano con la historia última de Cuba, una relación fraternal y comprometida, pero a la vez inestable y polémica, mereció el rescate de algunos de sus textos y una mirada actualizada de Raúl Caplán. Nicolás Yeghyaian, por su parte, da cuenta de la pasión de Galeano por el buen fútbol y el abordaje social que puede hacerse del mismo. *Bocas del tiempo*, un libro que Galeano publicara en 2004, es útil a Alejandra Dopico para armonizar las identidades culturales latinoamericanas, los mitos nativos y la idiosincrasia espiritual del autor. De alguna manera, este último artículo dialoga con el de Alma Bolón quien, tomando como punto de partida el libro más representativo de Galeano en lo que tiene que ver con su mirada ambientalista, *Úselo y tírelo*, explora los alcances de una “ecología latinoamericana” propuesta desde el subtítulo del libro. ¿Cuántos perfiles podemos hallar en un “autorretrato” de Galeano? Tomando en cuenta *Las venas abiertas de América Latina* (libro del que se reedita un capítulo en *Úselo y tírelo* a pesar de la distancia que Galeano tomó con el mismo en los últimos treinta años), y aún más *Memoria del fuego*, ¿se puede afirmar que su obra ha fundado una mitografía latinoamericana? Finalmente, Eduardo Enrique Parrilla Sotomayor analiza la presencia de los conceptos de ironía y paradoja como claves en el cuestionamiento de un mundo absurdo, ilógico y a la vez terriblemente real, en el libro *Patas arriba, la escuela del mundo al revés*.

Nuestros agradecimientos a Helena Villagra, al Archivo Brecha y a la Fundación Mario Benedetti, por imágenes y pequeños textos que dan presencia al Galeano real. Nuestro agradecimiento también a todos los participantes, por su dura, responsable y valiosa labor.

A. A.

⁵ Galeano obtuvo el premio Casa de las Américas en 1975 por su novela *La canción de nosotros*, y en 1978 por *Días y noches de amor y de guerra*. En 1989 recibió en Estados Unidos el American Book Award por *Memoria del fuego*. En 1999 se convirtió en el primer escritor galardonado por la Fundación Lannan (Santa Fe, EE. UU.) con el premio a la libertad cultural.